

MIS PLANETAS

Después del largo y difícil conflicto por el que ha atravesado nuestra institución, permítanme compartirles algunas desordenadas reflexiones. Quizás éstas permitan mirar el problema que enfrentamos y seguiremos enfrentando desde un punto de vista diferente; por lo demás, es esa mi intención.

Yo vengo de dos planetas diferentes; ellos me han marcado vitalmente y sobre eso, ahora, deseo opinar, especialmente de cómo veo a nuestro estamento en nuestra universidad.

Vengo del planeta Arquitectura, mundo en el cual la mayoría de los que practicamos el oficio sabemos que para concretar una idea - proyecto en una obra, lo que es la esencia de la disciplina, se requiere del esfuerzo coordinado y mancomunado de muchos actores intelectual y socialmente diversos.

Otro planeta donde también tengo raigambre es el del Ciclismo, que es —a la vez— mi única religión. La práctica de deportes duros enseña y complementa mejor los valores para enfrentar la vida, que los que se pueden adquirir únicamente sentado en un aula de clases, donde todos los deportes son teóricos o mentales; incluyendo el más afamado de ellos, y me refiero al ajedrez.

Los que hemos practicado por largo tiempo ésta disciplina deportiva también sabemos, por cursi que suene, que mientras más amarga es la derrota, siempre ello es el anuncio de que será muy dulce la victoria.

Importante es en mi vida el recuerdo y valor de un “viejo” de la construcción, carpintero borrachín y picaflor incorregible, al que siempre ayudé por simpatía emocional, y quien me devolvió la mano consiguiéndome trabajo en el momento laboral más duro de mi vida.

Tampoco olvido a mis compañeros jardineros y carteros, que con su esfuerzo me permitieron ganar una que otra competencia local de ciclismo en la década de los ochenta.

En arquitectura y en el ciclismo de ruta, de poco sirve el esfuerzo en solitario por buena que sea la idea para coronar algún logro relevante.

Por ello es que soy un definitivo partidario de la triestamentalidad.

¿Qué harían los profesores, orgullosos de sus grados académicos y de sus jerarquías, sin alguien que nos dé el almuerzo, sin alguien que mantenga nuestros hermosos jardines, sin alguien que se preocupe de que nuestros laboratorios y computadores funcionen?

¿Quiénes son nuestros estudiantes, de dónde vienen, qué sienten, a qué aspiran..., lo sabemos...?

Nuestros estudiantes son también los hijos -en algunos casos- de nuestros propios funcionarios. Conozco los hogares de muchos de ellos, ya que visité sus viviendas dañadas después del terremoto del 2010 y conozco sus precariedades y necesidades.

Aquí la pregunta que cabe hacernos es:

¿Estamos propiciando las condiciones para que el desvalido meritorio alcance el más alto grado del saber humano? Importante saberlo, pues -de lo contrario- habremos traicionado la voluntad testamentaria de nuestro benefactor.

Creo más en la emoción y la intuición (la razón prefiero ponerla entre paréntesis), tal cómo me enseñaron mis padres -ambos ex profesores en propiedad de la U. de Chile- y luego mis maestros en arquitectura.

No he visto brillar en nuestro estamento académico, salvo muy contadas excepciones, muestras de templanza, tolerancia, paciencia y disposición a escuchar; a escuchar profundamente conectándose con las preocupaciones y necesidades del legítimo otro, cómo dice Maturana, a escuchar al más débil, que en este caso son los estudiantes.

Todas estas virtudes son propias de los hombres sabios que han habitado este planeta. Si no buscamos la sabiduría en la universidad ¿Dónde más podríamos buscarla? Somos los viejos los llamados a cultivar estos valores y transmitírselos a los jóvenes.

Me interesa más que la universidad se preocupe de formar personas íntegras y socialmente responsables, que genios de la ingeniería o arquitectura (En la comisión universitaria se ven a menudo casos de estudiantes con alta prioridad académica).

Desde 2011 he solidarizado y me he comprometido con el movimiento estudiantil compartiendo en esencia sus demandas y lo sigo haciendo. (He escrito al respecto en este período.)

Estoy orgulloso de nuestros estudiantes, que han aportado una luz para intentar salir de la oscuridad en que nos encontramos (ex umbra in solem).

Históricamente jamás hemos sido los académicos los gestores de los cambios y reformas en la universidad, ¡siempre lo han sido los estudiantes!

La universidad es intrínsecamente lenta y la nuestra, en particular, supera cualquier estándar a este respecto. Ahí duermen en el consejo académico el cambio al reglamento de carrera académica y se esfumó el plan de retiro de la institución. En las comisiones ad hoc históricamente ha sucedido lo mismo (todos dormimos cómodos al interior de la burbuja).

Desde mis planetas y rememorando y citando a nuestra Violeta, les cuento y les canto:

*Que vivan los estudiantes
Jardín de nuestra alegría
Son aves que no se asustan
De animal ni policía.*

*Y no le asustan las balas
Ni el ladrar de la jauría
Caramba y sambalacosa
¡qué viva la astronomía!*

*Me gustan los estudiantes
Que rugen como los vientos
Cuando le meten al oído
Sotanas y regimientos.*

*Pajarillos libertarios
Igual que los elementos
Caramba y sambalacosa
¡Qué viva lo experimento!*

*Me gustan los estudiantes
Porque levantan el pecho
Cuando le dicen harina
Sabiéndose que es afrecho.*

*Y no hacen el sordomudo
Cuando se presenta el hecho
Caramba y sambalacosa
El código del derecho.*

*Me gustan los estudiantes
Porque son la levadura
Del pan que saldrá del horno
Con toda su sabrosura.*

*Para la boca del pobre
Que come con amargura
Caramba y sambalacosa
¡Viva la literatura!*

*Me gustan los estudiantes
Que marchan sobre las ruinas
Con las banderas en alto
Va toda la estudiantina.*

*Son químicos y doctores,
Cirujanos y dentistas,
Caramba y sambalacosa
¡Vivan los especialistas!*

*Me gustan los estudiantes
Que con muy clara elocuencia
A la bolsa negra sacra
Le bajó las indulgencias.*

*Porque hasta cuando nos dura
Señores la penitencia
Caramba y sambalacosa
¡Qué viva toda la ciencia!*

¡Qué viva toda la ciencia!

.....“que vivan los estudiantes”.....

Ellos y no nosotros son la reserva moral de nuestro país.